

AC 01 119

Asignatura Lenguaje, título La novela picaresca, autor María Jesús Boticario, fecha de emisión 1 de marzo del 83. A mediados del siglo XVI aparece en España un nuevo género narrativo, la novela picaresca. Este género contrasta con el tipo de novelas entonces en apogeo, ampulosas y heroicas, en las que aparecían las increíbles hazañas y los ambientes idealizados de novelas de caballería y pastoriles.

El nuevo género que surge, la novela picaresca, exalta lo que podríamos denominar el antihéroe. La primera obra destacable de este género es El Lazarillo de Tormes, aunque con anterioridad a la aparición de El Lazarillo de Tormes existieron algunas muestras de este realismo en nuestra narrativa. Un antecedente en plena Edad Media lo tenemos en El libro de buen amor, del arcipreste de Hita, que escrito ya en forma autobiográfica, canta a la alegría de vivir.

También, a finales del siglo XV aparece La Celestina. En esta obra podemos apreciar que los diálogos de Celestina con Sempronio y Pármeno, criados de Calisto, están llenos de expresiones populares. En nuestro espacio de hoy, dedicado a la novela picaresca, vamos a contar con la presencia de la profesora de la asignatura, doña María Jesús Boticario, que va a ir guiando el desarrollo del tema.

A ella le preguntamos, en primer lugar, por la etimología de la palabra pícaro. Acerca de la etimología de la palabra pícaro, existen dos teorías que son las más aceptadas. La de Salillas, que creía que derivaba de picar, en el sentido de provocar a otro, de enojar, etc., o la que parece más natural, sostenida por Nietzsche, en la que pícaro procede de Picardía, que es una región famosa en esta época por sus guerras y por las aventuras que de ella contaban los soldados que llegaban de allí a nuestra península.

Sea cual fuere la procedencia, la publicación de El Lazarillo de Tormes supone un cambio en la narrativa del siglo XVI y una aceptación total de este tipo de protagonista, mitad héroe, mitad pillo, por toda clase de gente. Éxito que no solo duró, sino que se acrecentó en los siglos posteriores. Las primeras ediciones de El Lazarillo de Tormes aparecen de forma simultánea en 1554, en Burgos, Alcalá y Amberes, y aunque se piensa en un manuscrito anterior a ellos, lo único cierto es que se desconoce hasta ahora la existencia de la firma y que los tres tienen la misma procedencia.

¿Qué nos podría decir profesora Boticario sobre la autoría de la novela, sobre la forma de la obra y su desarrollo? A pesar de las múltiples conjeturas que se han hecho sobre su posible autor, éste continúa en el anonimato. Lo importante es que su creador, cualquiera que fuere, pertenece, como afirma Marcel Batallón, a la gran familia de los espíritus y no de las almas timoratas. Esta breve novela tiene forma autobiográfica y el autor, con una burla benévola y un estilo cuajado de expresiones populares, retiene en su memoria y va narrando todos los datos de su vida, que dan lugar a los cargos fundamentales de su persona.

Por la obra, a través de los distintos personajes a los cuales va sirviendo, desfilan diferentes tipos de la sociedad española de aquel tiempo, que a su vez están enraizados en nuestra tradición folclórica y literaria. Ciegos, astutos y avariciosos, clérigos mundanos, escuderos cargados de presunción, todos ellos de una gran versosimilitud. Lázaro, el protagonista, es un personaje lleno de simpatía y humanidad.

De baja extracción social, va contándonos su vida desde que nació, cuáles fueron sus progenitores, qué oficios tuvo, etc. La originalidad de la obra estriba en que, por primera vez, una narración sigue un orden cronológico y lineal. Comienza con una carta prólogo y continúa con siete capítulos, en los que el narrador protagonista va contándonos sus fortunas y adversidades.

Hasta que alcanza lo que él cree la culminación de su vida, casándose con la concubina del arcipreste y alcanzando el puesto de pregonero de Toledo. Escribe el tratado porque alguien pide al protagonista que le relate el caso muy por extenso. El interesado, en lugar de reducirse al caso, parecía a lo mejor no tomarle por el medio, sino desde el principio.

Porque, como él dice, se tenga entera noticia de mi persona. ¿Cómo se podrían justificar estas situaciones en las que se exalta al antihéroe cuando la honra venía siendo uno de los valores más defendidos? La narración de los golpes que la vida le ha dado a Lázaro, la hipocresía y la falsedad de los distintos personajes a los que ha servido y que son los que han moldeado su carácter, su lucha por sobrevivir, son los que justifican la aceptación final del caso y le hacen considerarse en la prosperidad y la cumbre de todas fortunas. El vocabulario que utilizó el autor es sencillo y pintoresco, y a veces colorista.

La obra está llena de ironía y realismo, y es una caricatura y una sátira perfecta de las costumbres. El Lazarillo de Tormes se estructura en varios episodios donde se narran las andanzas de Lázaro. Los episodios fundamentales son tres, en los que Lázaro entra al servicio, respectivamente, de un ciego cruel, de un clérigo avariento y de un hidalgo mísero y vanidoso.

Oigamos lo que ocurre poco después de entrar Lázaro al servicio del hidalgo. En este tiempo dio el reloj la una, después de mediodía, y llegamos a una casa ante la cual mi amo se paró, y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en la casa. La cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, porque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras, pero ni silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni un arcón, que parecía casa encantada.

¿Tienes las manos limpias? Creo tenerlas, señor. Pues ven y ayúdame a doblar esta capa. ¿No hay criados? Hay sobriedad.

Dame esa punta. Aguanta. ¿Ves? Así doblada ha de quedar siempre.

Sí, señor. Dime, ¿has comido? No, no, no, señor, que aún no eran dadas las ocho cuando con

vuestra merced encontré. Pues aunque de mañana yo había almorzado, y cuando a esas horas como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así.

Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos. Vuestas mercedes creerán cuando esto le oí, que estuve a poco de caer de mi asiento, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me presentaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos.

Allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y con todo, disimulando lo mejor que pude, dije... Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios.

De eso me podré yo alabar entre todos mis iguales, por de mejor garganta. Y así fui loado de ella hasta hoy día de los amos que he tenido. Virtud es esa, y por eso te querré yo más.

Porque el artar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. ¿Qué es eso que comes? Un almendruco que me dio la caridad antes de tener la suerte de encontraros. ¿Pan? Pan.

Déjame intentarlo. Por mi vida, te parece bueno. ¿Y cómo? ¿Ahora, señor, es bueno? ¿Es amasado con manos limpias? No sé yo eso.

Más a mí no me pone asco el sabor de ello. Así, plega, adiós. Sabrosísimo.

El pan está... Y como le sentí de qué pie cojeaba, dime prisa. Porque le había en disposición, si acababa antes que yo, de ayudarme en lo que me quedaba. Y así, acabamos casi a una.

Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas migajas y bien menudas que en los pechos se le habían quedado. Y me encontró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y de que hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer el continente, dije, por estar de acuerdo a mi edad.

Señor, no debo vino. ¿Agua es? Bien puedes beber. ¿Agua? No hay mejor cosa.

El lazarillo alcanzó un éxito grande e inició un género que habría de tener gran repercusión en algunos autores del siglo XVII. Presenta, sin embargo, con respecto a estos autores, notables diferencias. El lazarillo se publica en un momento de prosperidad y apertura de nuestro país al exterior, en pleno triunfo renacentista.

Toda la obra, a pesar de las adversidades por las que pasa el protagonista, refleja esa alegría de vivir y esa esperanza. Aunque Lázaro sea el precedente de los pícaros posteriores, carece del pesimismo y amargura que aparecía en las obras del siglo XVII. Dentro de La picaresca, aunque con matices diferentes, podemos encuadrar a dos de las mejores novelas ejemplares de

Cervantes, Rinconete y Cortadillo y El coloquio de los perros.

La profesora María Jesús Boticario nos hace, a continuación, una breve referencia a ambas novelas. En Rinconete y Cortadillo, los protagonistas son dos muchachos que, a diferencia de los otros pícaros que tanto cambian de lugar, desarrollan todas sus fechorías dentro del ambiente del AMPA de Sevilla. Un AMPA, por otro lado, sonriente, optimista, llena de alegría y de luz, como la ciudad donde transcurren sus aventuras.

En cuanto al coloquio de los perros, su originalidad reside en que sus héroes son dos personajes no humanos. El perro Verganza cuenta a su amigo Cihuán sus correrías a través de distintos amos. Esto le sirve de pretexto para mostrarnos una visión satírica de los diversos personajes y costumbres de la época.

Verganza siempre actúa con el más estricto sentido de moral y de justicia. En el siglo XVII, dentro del barroco, la novela picaresca adquiere más auge y obtiene su máximo desarrollo. En 1599, medio siglo después de la aparición del Lazarillo de Tormes, se publica la obra capital de Mateo Alemán, titulada La vida del pícaro Guzmán de Alfarache.

A diferencia del Lazarillo, La vida del pícaro Guzmán es una novela larga, dividida como el Quijote en dos partes en las cuales se cuentan las aventuras de Guzmán por España e Italia. En ella, con un pesimismo atroz, se presenta la vida como una lucha donde solo se puede vencer con engaño y recelo. En este siglo, se produce en nuestro país una decadencia sociopolítica que está reflejada profundamente en la obra.

La psicología del pícaro deriva de las terribles circunstancias que le rodean. Tiene una radical desconfianza hacia los demás. Siente amargo pesimismo y acepta pasivamente unas situaciones desagradables.

Por primera vez, aparecen reflexiones moralizadoras. A renglón seguido de cada fechoría, el pícaro nos destaca su vilicidad, complaciéndose en exponernos la norma establecida, moral, que condena el hecho. Es, como afirma Balbuena, una dualidad entre picaresca y ascética, un tratado ético tomando cuerpo en el ejemplo de un hombre fuera de la ley y la felicidad.

Las notas moralizadoras no son algo sobrepuesto y forzado, sino el resultado de una experiencia amarga y fracasada de la vida. No olvidemos que el libro se publica un año después de la muerte de Felipe II y que fue escrito durante su reinado, al comienzo de la decadencia española. Las frases populares y los refranes contenidos en él constituyeron, junto con los sesos contemporáneos cervantes, un verdadero tesoro para el conocimiento del lenguaje.

Su estilo carece de adornos innecesarios y es a la vez sobrio y vigoroso. El éxito de esta obra fue enorme. A partir de su difusión y lectura empezaron a proliferar toda clase de relatos picarescos.

Uno de los que obtuvo más fama fue La vida del escudero Marcos de Obregón, de Vicente Espinel. El autor aprovechó los recursos de su azarosa existencia para escribir, más que una

obra picaresca, una novela de aventura. Sus disquisiciones morales, lo mismo que su sátira, carecen del matiz pesimista del Guzmán de Alfarache e incluso se complacen evocar los paisajes donde transcurre la acción.

Oigamos un fragmento de la obra en el que se hace una descripción del paisaje. No podemos dejar de mencionar la primera novela dentro de este género en la que una mujer es la protagonista, La pícara Justina. La pícara Justina está firmada por Francisco López de Úbeda, aunque es dudoso que realmente fuera su autor.

La narración carece de toda gracia y amenidad. Por lo único que merece su nombre, es la primera novela de este género. La verdad es que ser recordada, aparte de ser la heroína, la protagonista, una mujer, es también por la gran cantidad de refranes populares que encierra y por su ambiente, que son de gran valor para el conocimiento de la época.

Nos vamos a centrar ahora en la obra cumbre del gran escritor del siglo XVII, don Francisco de Quevedo y Villegas. En 1603 aparece la historia del buscón don Pablos. Profesora Boticario, ¿nos podría apuntar brevemente algunas ideas sobre el lenguaje de la obra? Más que una novela picaresca, el buscón es sobre todo una trágica caricatura y como se dice en la obra, ejemplo de vagabundos y espejo de tacañas.

Es un libro que se aproxima en lo ágil y ameno al lazarillo, pero no en la sencillez del lenguaje. Está lleno de frases de doble alusión, repleto de rasgos barrocos, cargado de metáforas y con una gran fuerza cómica y caricaturesca en la que ataca despiadadamente a sus enemigos. Carece de las reflexiones morales del Guzmán, no siente respeto alguno por la condición humana, agiganta desmesuradamente la falsedad moral y física.

Basta recordar el grotesco retrato del Domine Cabra. Un clérigo cervatano, los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por enérvanos tan encendidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes. Las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre amenazaba comérselas.

Una nuez tan salida que parecía que iba a brindar. Un car de comer forzado por la necesidad. Dormía siempre de lado por no gastar las sábanas.

Vamos a escuchar lo que le aconteció al Buscón Don Pablo cuando acompañaba a su señor Don Diego a estudiar a Alcalá de Henares. Comienza Pablos. El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz de aquella noche.

Hizo nos gran fiesta y como él y los ministros del carretero, Iván Horros, que ya habían llegado también con el ato media hora antes porque nosotros veníamos de espacio, pegose al coche. Dióme a mí la mano para salir del estribo y dijome si iba a estudiar. Yo le respondí que sí.

Metióme adentro donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader llavariato procurando olvidarse de cenar y dos estudiantes fregonos de los de Mantellina buscando trazas para engullir. Mi amo pues, como más nuevo en la venta y

muchacho, dijo Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y dos criados. Todos los somos de vuestra merced.

Y le hemos de servir. Hola huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hicieres. Vaciad la despensa.

Y diciendo esto, llegose al uno, quitole la capa y dijo Descanse vuestra merced, mi señor. Y puso la A en un pollo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta.

Dijo una de las ninfas. Qué buen talle de caballero. ¿Y va a estudiar? ¿Es vuestra merced su criado? Yo respondí diciendo que era así como lo decían.

Que yo y el otro lo éramos. Preguntaronme su nombre. Y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando y dándole un abrazo apretadísimo, dijo Oh mi señor don Diego, quién me dijera a mí ahora diez años que había de ver yo a vuestra merced de esta manera.

Desdichado de mí que estoy tal, que no me conocerá vuestra merced. Él se quedó admirado, y yo también. Que jurábamos entre ambos no haberle visto en nuestra vida.

El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara. Y dijo a su amigo ¿Es este el señor de cuyo padre me dijisteis vos tantas cosas? Gran dicha ha sido nuestra encontrarle y conocerle. Según está de grande, Dios le guarde.

Y empezó a santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho. Y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría.

Llegó un rufián, y puso asientos para todos, y una silla para don Diego. Y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron Cene vuestra merced.

Que entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa. Jesús, vuestras mercedes se asienten si son servidos. Dijo don Diego.

Y a esto respondieron los rufianes, no hablando con ellos. Y el otro trujo un plato. Luego mi señor, que aún no está todo a punto.

Yo, cuando vi a los unos convidados, y a los otros que se convidaban, afligíme, y temí lo que sucedió. Porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando a mi amo, dijeron No es razón que donde está un caballero tan principal, se queden estas damas sin comer. Mande vuestra merced, que alcancen un bocado.

El, haciendo de galán, convidólas. Sentaronse, y entre los dos estudiantes, y ellas, no dejaron sino un cobollo en cuatro bocados, el cual se comió don Diego. Y al dársele, aquel maldito estudiante, le dijo Un abuelo tuvo vuestra merced, tío de mi padre, que enviando lechuga se desmayaba.

¡Qué hombre era tan cabal! Y diciendo esto, sepultó un panecillo, y el otro, otro. Pues, ¿y las ninfas? Ya daban cuenta de un pan. Y el que más comía, era el cura, con el mirar solo.

Sentaronse los rufianes, con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino, y un par de palominos cocidos, y dijeron Pues padre, ahí se está, llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos. Pese a diez, la iglesia ha de ser la primera. No bien se lo dijeron, cuando se sentó.

Ya cuando vio mi amo, que todos se le habían encajado, comenzose a afligir. Repartieron lo todo, y a don Diego dieron no sé qué huesos y alones, diciendo que del cabrito el huesecito, y del ave el aloncito, y que el refrán lo decía. Con lo cual, nosotros comimos refranes, y ellos aves.

Lo demás, engulleron el cura y los otros. Existen numerosas muestras de la novela picaresca a lo largo del siglo XVII. La profesora doña María Jesús Boticario, nos hace, finalmente, una breve referencia de una obra destacable, además de la citada anteriormente.

Podemos recordar la vida y hechos de Estebanillo González, caballero venturero, se llama así mismo. Mi oficio, dice, es de Buscón, y mi arte, el de la bufa. Con esta obra, el realismo autobiográfico representa casi el final de un género, que dadas las características históricas, desapareció por completo en los siglos posteriores, si aceptuamos la única muestra de lo que quizás constituye una obra autobiográfica.

Nos referimos a una época que sirve de introducción al neoclasicismo y a un autor de los más notables de este periodo, Diego de Torres Villárbel, que en las seis partes en que está dividida la obra, nos narra de una manera desenfadada lo que realmente fue Socerosa Vida. Es la obra más realmente autobiográfica de toda la picaresca española.